

efecto, se fundó, por iniciativa y bajo la presidencia del príncipe de Gales, el *Royal Colonial Institute*, sociedad de propaganda, que creó una biblioteca colonial, alentó á los exploradores y publicó escritos, cuyo objeto era apretar los lazos de las diferentes partes del imperio entre sí y con la metrópoli. Cuando, en mil ochocientos setenta y tres, suprimió el gobierno los fondos destinados á los emigrantes, censuróse esta medida, y en el período de mil ochocientos ochenta y dos á mil ochocientos ochenta y cinco, estando Irlanda asolada por un hambre espantosa, se organizaron varias sociedades para favorecer la emigración, pidiéndose que ésta fuese dirigida por el Estado, y algo se hizo á tal propósito en los años siguientes. En mil ochocientos ochenta y seis, se habló por primera vez, en el discurso de la corona, de «federación imperial», y el *Royal Colonial Institute* cambió su título por el de *Imperial Institute*. Por este tiempo también, nacia la *Liga de la Federación Imperial*, y el imperialismo, de origen *tory*, se infiltraba en todos los partidos. El radical sir Carlos Dilke, que ya en mil ochocientos sesenta y ocho había publicado un libro excelente acerca del mundo inglés, escribió en mil ochocientos noventa y dos otra obra notabilísima defendiendo el imperialismo. A los pocos gladstonianos fieles al antiguo programa del *statu quo* en materia colonial, llamábaseles, en son de burla, «los partidarios de la pequeña Inglaterra».

Con motivo del jubileo de mil ochocientos ochenta y siete, se dieron algunos pasos en el sentido de llevar á la práctica el proyecto de federación, y en una conferencia religiosa reunida en Londres, donde estaban representadas las principales colonias, se discutió un plan de unión aduanera y otro de defensa colectiva. Consecuencia de estos debates fué el acuerdo con la Australasia para el aumento de las fuerzas navales. Ocurrió, empero, que con los ensayos de ejecución empezaron á tocarse las dificultades. En materia de política mercantil, es casi imposible armonizar los intereses de la metrópoli y los de sus principales colonias, tendiendo éstas á aplicar el proteccionismo, á fin de defender su industria naciente, y á practicar la primera el libre cambio, por tener que importar los artículos alimenticios que ella no produce y dar salida á sus algodones, sus hierros y sus hullas. Si la especie que se ha vertido, aceptable en teoría, de poder Inglaterra sustituir su comercio exterior con el colonial recibiese confirmación en el terreno de los hechos, el beneficio sería exclusivamente para la metrópoli. No debe asombrarnos, pues, que el pensamiento de la unión aduanera haya sido rechazado por las colonias industriales y proteccionistas. Parkin, que fué á Australia en mil ochocientos noventa y uno con objeto de ganar adeptos á la causa federal, encontró poco propicio al país, y los conservadores del Canadá, en tanto han ocupado el poder, han sido hostiles á los planes imperialistas. Casi puede decirse que solamente en el Cabo, esto es, en la colonia menos industrial, ha tenido partidarios la liga aduanera, y se sabe que hoy, con motivo de la guerra del Transvaal, han variado mucho las disposiciones de los *afrikanders*. Abando-

nado, ó poco menos, por la mayor parte de los imperialistas el proyecto de *zollverein*, sus esfuerzos se enderezan á preparar una federación de carácter meramente defensivo. Lo más importante es que las colonias cooperen al aumento de la flota británica: este es el mayor sacrificio que habrán de imponerse, pues la defensa del imperio depende, sobre todo, de la extensión de sus fuerzas navales. Australia contribuye ya al sostenimiento de una escuadra, y el Cabo regaló á la reina Victoria, en mil ochocientos noventa y siete, el buque de guerra *afrikander*. Las demás colonias, sin embargo, se han mostrado poco dispuestas á recargar su presupuesto con gastos crecidos para satisfacer los deseos de la metrópoli. La política proteccionista y los armamentos de los pueblos del Continente han alarmado á Inglaterra, siendo la federación el medio más eficaz que ha discurrido para prevenirse contra eventualidades y peligros. Si las colonias se prestan á secundar sus planes, ofrecerá al mundo el espectáculo del «espléndido aislamiento» económico y militar de que hablaba no ha mucho lord Salisbury en un discurso célebre. En el entretanto, formula ambiciosos programas y se vale de la astucia, ó recurre al empleo de la fuerza, para ensanchar sus dominios. La guerra cruel é injusta del Transvaal, tras del despojo de que nuestra patria fué víctima, ha sido un triste final de siglo.

Antes del descubrimiento de las minas de oro, la República transvaalense se reputaba mucho menos importante que la de Orange. Los blancos estaban allí en exigua minoría; faltaban vías de comunicación, y los extranjeros eran mal recibidos. En mil ochocientos cincuenta y cuatro, cuando se encontraron los primeros yacimientos del codiciado metal, el gobierno trató de tener secreto el descubrimiento á fin de no atraer inmigrantes, si bien luego autorizó la explotación de la nueva riqueza en la parte oriental (montes de Drukemberg). Burgers, elegido presidente en mil ochocientos setenta y dos, levantó un empréstito para construir un ferrocarril entre la bahía Delagoa y las minas. Los boers (1) del Transvaal, que pagaban escasos tributos y temían las consecuencias de una inmigración numerosa, se declararon en contra del presidente. Entonces intervino el gobierno inglés, proponiendo que se formase una federación de los Estados sud-africanos, semejante á la canadiense, y envió al Cabo á Froude, con el encargo de trabajar en pro de dicha idea. El gobernador del Cabo, que no estaba prevenido, recibió mal á Froude, quien halló aún peor acogida entre los boers. Irritada la Gran Bretaña, aumentó la guarnición de Natal y mandó á Africa un comisario extraordinario, provisto de amplios poderes, el cual presentóse en Pretoria, con un destacamento de policía montada, y dió á elegir al *Volksraad* entre el establecimiento de «un gobierno más fuerte ó la anexión». Habiéndose separado los miembros del *Volksraad* sin contestar nada, el comisario pro-

(1) Según un etimologista, esta palabra debe pronunciarse *burs* y significa *labradores, aldeanos, campesinos*, y, despreciativamente, *rústicos ó patanes*.

clamó la anexión el doce de Abril de mil ochocientos setenta y siete. Fueron á Londres delegados de los boers, para pedir que se respetase su independencia; el gobierno británico se negó á recibirlos. La mayoría de los transvaalenses eran opuestos á la anexión, pero andaban indecisos, porque muy cerca de su frontera había un ejército inglés que estaba operando contra los zulúes. Vencidos éstos, el general Wolseley, que capitaneaba dicho ejército, se dirigió á Pretoria, en donde instaló un gobierno de funcionarios ingleses, sin sombra de instituciones representativas, diciendo que la soberanía británica duraría tanto tiempo como alumbrara el sol y los ríos corrieran á perderse en el mar. Era harta jactancia. El partido nacional no se resignaba á sufrir la dominación extranjera, y el trece de Diciembre de mil ochocientos ochenta, reunidos los individuos del antiguo *Wolksraad* en una aldea, eligieron un triunvirato, compuesto de Krüger, Joubert y Pretorio, para restablecer la república. En seguida, los boers se lanzaron á la guerra, formando numerosas partidas de excelentes jinetes y diestros tiradores, que cercaron las guarniciones inglesas y rechazaron á un regimiento enemigo, que avanzaba por la frontera de Natal, sobre Pretoria. El gobernador de Natal reunió cuantas fuerzas pudo, que fueron como mil hombres y seis cañones, con los que se metió en los desfiladeros que conducen al Transvaal. Los boers, apostados en las montañas, lo detuvieron quince días, derrotándolo al fin por completo en las alturas de Majuba, asaltadas desesperadamente por los ingleses: en la lucha perecieron el gobernador y seis oficiales. «Nuestros hombres, escribió el general transvaalense Joubert, se han batido como héroes y Dios nos ha dado la victoria.» Pensaba el gobierno británico mandar otra expedición, mas en esto subió Gladstone al poder, y como queda dicho en otro lugar, ofreció á los boers un arreglo provisional, que aceptaron. El Transvaal reconocía la supremacía de Inglaterra, que en el tratado definitivo, firmado en Londres, se redujo al derecho de veto en las convenciones celebradas por la República con cualesquiera potencias extranjeras, excepto el Orange. Los boers prometieron tratar bien á los indígenas, y el gobierno inglés nombró un agente diplomático, en sustitución del comisario que tenía en Pretoria.

Así transcurrieron algunos años, hasta que la cuestión boer tornó á plantearse, comprendiendo el Cabo y las dos repúblicas autónomas. El inglés Cecil Rhodes, fundador de la compañía que administra en el sud de Africa un territorio dos veces más extenso que España y organizador de los sindicatos de los diamantes y del oro, fué nombrado primer ministro del Cabo, y se propuso reconciliar á sus compatriotas con los *afrikanders* ó descendientes de los primitivos colonos holandeses, de cuyo programa de federación sud-africana se declaró partidario en Kimberley, en mil ochocientos noventa y uno. Era preciso ahora que prestasen su conformidad al proyecto federalista las dos repúblicas de Orange y del Transvaal. En lo tocante á la primera, era de creer que opusiese escasa resistencia; pues verificaba casi todo su comercio con el Cabo, cuyas líneas férreas había

consentido que cruzasen su territorio y con el que acababa de pactar la unión aduanera. Mas no ocurría lo propio con el Transvaal: aquí, el presidente Pablo Krüger veía con malos ojos aumentar el número de inmigrantes y era hostil á la idea de la federación, de acuerdo con la mayoría del *Wolksraad*, que pensaba como él. La intervención de los extranjeros ocupados en las minas de oro precipitó el conflicto, que acaso sin esta circunstancia se hubiese podido evitar.

Habíanse descubierto, en mil ochocientos ochenta y cuatro, nuevos y riquísimos yacimientos de oro al sud de la República. El oro se encuentra en el cuarzo, que hay que hacer saltar empleando la dinamita y triturarlo después con máquinas de vapor. El trabajo lo ejecutan los cafres, dirigidos por blancos. Johannesburgo, la capital del oro, fundada en mil ochocientos ochenta y seis en un desierto, es una gran ciudad, que cuenta con ciento dos mil habitantes, y tiene prensa periódica, bolsa y alumbrado eléctrico; no le falta sino agua, de que aun no ha podido dotársele. En el Transvaal existían ya vías férreas, y Pretoria y Johannesburgo estaban unidas al Cabo, á través de Orange, y á Lorenzo Márquez, en la costa portuguesa. La prosperidad material de la República crecía como la espuma, habiéndose elevado su renta á ciento veinticinco mil libras esterlinas, de treinta mil que era en mil ochocientos setenta. Sin embargo, el presidente Krüger y el *Wolksraad*, que no querían ver perder á sus compatriotas el amor á las costumbres patriarcales y sencillas, que constituían su mejor patrimonio, estaban descontentos de la lluvia de oro que caía en su país y del torrente de aventureros que lo inundaban. Descubriéronse nuevas minas en el Norte, y solicitóse de Krüger la autorización necesaria para continuar el ferrocarril hacia aquel lado; mas él la negó diciendo: «Tenemos bastante con un Johannesburgo; no queremos dos». Pretoria, la capital de la República, no era sino una especie de lugarón al lado de la espléndida Johannesburgo, poblada exclusivamente de extranjeros. Estos (*uitlanders*) y los boers formaban dos poblaciones enemigas. Los *uitlanders* pidieron que se les concediesen derechos políticos; los boers, desconfiando de ellos, no sin razón, rehusaron otorgárselos. Parecían los *uitlanders* dispuestos á no insistir en sus pretensiones, pensando sin duda que, agotadas en breve las capas de cuarzo aurífero, habría que abandonar á Johannesburgo, la ciudad sin agua y sin campiña, como había sido abandonado Kimberley por los buscadores de diamantes; pero, de pronto, halláronse cerca de Johannesburgo otros filones bajo los antiguos, y en distintas partes del Transvaal, nuevos y extensos yacimientos. Los *uitlanders*, considerando entonces que debían permanecer largo tiempo en la República, se propusieron, en mil ochocientos noventa y cuatro, obtener á todo trance los mismos derechos que los ciudadanos.

Los ingleses de Johannesburgo fundaron una Unión nacional, dirigida por Carlos Leonard, que reclamó, sin ser atendida, el establecimiento de escuelas inglesas y el derecho

de ciudadanía para los extranjeros. La Unión se puso de acuerdo con la asamblea de las minas, es decir, con el sindicato de todas las compañías, cuyo jefe era Lionel Philips. El sindicato había limitado hasta entonces sus trabajos á sobornar á algunos individuos del *Wolksraad*, consiguiendo impedir por este medio que se votara la ley de descanso domical. Tratábase ahora de recabar la concesión de los derechos políticos. Se pensó recurrir á la fuerza en caso preciso, y se introdujeron clandestinamente armas, municiones y víveres en Johannesburgo. Rhodes, que formaba parte de la compañía sud-africana, fundada por él, como hemos dicho, y del sindicato de las minas, conocía el plan de los conjurados y lo aprobaba. Como se temía que los boers atacasen á Johannesburgo, los conspiradores reclamaron el auxilio del doctor Jamesson, agente de la Compañía y vencedor de los matabeles, el cual prometió acudir con sus ginetes en defensa de la ciudad. A fines de mil ochocientos noventa y cinco, todo estaba listo para dar el golpe. Los partidarios del movimiento celebraron una reunión en Johannesburgo, en donde expusieron sus deseos de reformas, dirigiendo públicas amenazas á los boers, si se obstinaban en no ceder. Ocurrió, empero, que los *uitlanders* holandeses, franceses y alemanes, recelando de la ambición de los ingleses, no quisieron hacer causa común con estos y protestaron de su adhesión al gobierno. Viendo el pleito mal parado, Leonard corrió á Capetown, para rogar á Rhoder que telegrafiase al doctor Jamesson, previniéndole que no se moviese. Jamesson se decidió á jugar el todo por el todo é invadió el territorio transvaalense, después de cortar el hilo telegráfico que podía permitirle comunicarse con el Cabo. Abandonado á sus propias fuerzas, los boers le cercaron y tuvo que rendirse prisionero. Los boers, enseguida, entraron en Johannesburgo, en donde el comité reformista había dominado unos días, y prendieron á los jefes del movimiento. Sospechóse que Chamberlain no había sido extraño á la empresa de Jamesson, y una comisión informadora, nombrada por el parlamento del Cabo, le acusó formalmente de complicidad en ella; pero otra comisión, designada por el parlamento de Londres, no siguió hasta él la deducción de responsabilidades. De cualquier modo, la audaz agresión del doctor Jamesson y la ingerencia innegable de Rhodes y su Compañía, aumentaron la desconfianza de los holandeses contra los ingleses. La república del Transvaal compró cañones y fusiles para defender su independencia, y celebró un tratado de alianza con Orange. Los afrikanders del Cabo se pusieron enfrente de su antiguo aliado Rhodes.

Por su parte, los *uitlanders* de procedencia británica invocaron la protección de su patria en favor de sus pretensiones. Inglaterra, que no deseaba sino intervenir, despierta su codicia por las riquezas del Transvaal y acrecentada su ambición á impulsos del imperialismo federalista, asió la ocasión por los cabellos, como suele decirse, y pretextando la supremacía que le reconociera el tratado de mil ochocientos ochenta y cuatro, formuló sucesivas reclamaciones en agrias notas dirigidas al gobierno de Pretoria.

Este, que veía avecinarse el conflicto y anhelaba evitarlo, fué cediendo ante las intimaciones inglesas; pero á medida que se mostraba más conciliador, mayores eran las exigencias del gabinete de Londres. Krüger llegó á conceder cuanto en un principio se le pidiera respecto á los *uitlanders*, no demandando en cambio sino que Inglaterra desistiese de su pretensión á la supremacía, que renunciara á mezclarse en los asuntos interiores del Transvaal y que aceptara el nombramiento de árbitros para resolver las demás cuestiones pendientes. El gobierno inglés rechazó estas bases de arreglo, y todavía, el boer le propuso, para conservar la paz, el someter todos los puntos litigiosos al arbitraje. Recibida nueva repulsa, no quedaba más recurso que la apelación á la fuerza, y los boers, ayudados de la república hermana de Orange, aceptaron la lucha con la decisión del pueblo que defiende su honra, su vida y sus hogares. Los ingleses han encontrado una resistencia que no esperaban; sus mejores generales han sido derrotados ó burlados, y las medidas de rigor y crueldad, empleadas contra los boers, han resultado, como de ordinario, contraproducentes. A la hora en que escribimos estas líneas, la guerra prosigue. Las grandes potencias la contemplan indiferentes, y es claro que, si no sobrevienen circunstancias imprevistas, Inglaterra concluirá por sujetar bajo sus férreas garras al heroico pueblo; pero triunfos obtenidos por el solo predominio de la fuerza cuestan caros, á la corta ó la larga.

No sólo en Africa y, por nuestra desdicha, en Filipinas y en América, también en Europa corrió la sangre en los campos de batalla próximo ya el fin del siglo, estando á punto de producir una conflagración general los asuntos de Oriente, aunque, por fortuna, el incendio pudo localizarse. Sus primeros chispazos saltaron en Creta. Después del tratado de Berlín, la situación de esta isla había sido regulada por el pacto de Halepa, que modificaba y completaba el estatuto orgánico de mil ochocientos sesenta y ocho; mas en mil ochocientos ochenta y nueve, un firman del sultán cercenó á los cretenses parte de los privilegios que disfrutaban, so pretexto de restablecer la tranquilidad en la isla, alterada por graves desórdenes. En vez de mejorarse la situación de Creta, agravóse con el rigor desplegado, y en mil ochocientos noventa y cuatro, fueron á Constantinopla delegados cristianos para pedir al sultán que se cumpliese el pacto de Halepa; y como la perturbación de la isla fuera en aumento, Abd-ul-Hamid se decidió á mandar allí un gobernador general cristiano, que fué el antiguo príncipe de Samos, Alejandro Caratheodory-Bajá. Fracasaron los buenos propósitos del nuevo gobernador ante la hostilidad recíproca de cristianos y musulmanes, alentados estos últimos en secreto por la Puerta; dimitió Caratheodory y se repuso á su predecesor Turokhan-Bajá, con lo que empeoróse la situación, de tal manera que las grandes potencias resolvieron intervenir pidiendo al sultán el planteamiento de ciertas reformas, que él aceptó y cuya ejecución debía ser vigilada por los cónsules cristianos residentes en Canea. Los cretenses se manifestaron conformes